

CALDERÓN DE LA BARCA EN MONTAUBAN

Por Bartolomé Quirós

El Festival de Teatro Barroco de Montauban se ha desarrollado, como cada año, en la Plaza Nacional, montada del siglo XVII y visitada para nosotros de otras plazas españolas.

CRÓNICA

Es lamentable que los organizadores de este Festival no procuren hacer llegar al público español propaganda, cartelas y programas del mismo. Cuando no utilizan este año para asistir a sus representaciones, la Oficina del Turismo francés en Barcelona no puede, sobre las mismas, ni el mismo día.

No obstante, nuestra inevitable curiosidad teatral nos ha permitido, a pesar de todo, ver, en uno de los lugares de esta simpática plaza, el programa previsto para este año: *La Cité de Comaille*, *Los tres pastores en una*, de Calderón, y *Los pícaros de Scapin*, de Molière.

Así, a la segunda representación de *La Cité de Comaille*, ligeramente perturbada por la tormenta, y puesta en escena por Marcelle Tassinari, esposa del dramaturgo Thierry Maulnier, una decora-
ción y trajes, artísticos de blancos, negros y grises de Jacques Mailliez, y una intervención, en el papel de abate,

CALDERÓN DE LA BARCA EN MONTAUBAN

Por Bartolomé OLSINA

El Festival de Teatro Barroco de Montauban se ha desarrollado, como cada año, en la Plaza Nacional, construida en las últimas décadas del siglo xvii y evocadora para nosotros de otras plazas españolas.

Es lamentable que los organizadores de este Festival no procuren hacer llegar al público español propaganda, carteles y programas del mismo. Cuando me interesé este año para asistir a sus representaciones, la Oficina del Turismo francés en Barcelona no poseía, sobre las mismas, ni el mínimo dato.

No obstante, nuestra invencible curiosidad teatral nos ha permitido, a pesar de todo, ver, en uno de los ángulos de esta simpática plaza, el programa previsto para este año: *Le Cid*, de Corneille; *Las tres justicias en una*, de Calderón, y *Las picardías de Scapin*, de Molière.

Asistí a la segunda representación de *Le Cid*, de Corneille, ligeramente perturbada por la llovizna, y puesta en escena por Marcelle Tassencourt, esposa del dramaturgo Thierry Maulnier, con decorados y trajes, armonía de blancos, negros y grises de Jacques Marillier, y con intervención, en el papel de «Leo-

nor», de la misma directora. Marcela Tassencourt tiene en su haber un brillante historial y una larga experiencia en las tareas de la dirección escénica. Es actriz de raza, lo cual le ha facilitado mucho el camino en esta última y difícil misión de hacer comprender a sus actores qué es lo que quiere y cómo lograrlo. Recordemos, de sus anteriores realizaciones, la obra *El abanico de Lady Windermere*, en el Hébertot (París, 1955), y *Proceso a Jesús*, en el mismo teatro.

Con su puesta en escena de *El Cid*, Marcela Tassencourt hace honor a su sobrenombre de Gran Dama del Teatro. Todo ha sido conducido por ella con una sobriedad, una severidad y una noble pasión muy «a la española»; desde la luminotecnia a los viejos oros del dispositivo escénico, sin olvidar, claro está, el juego interpretativo.

En la joven dama Nadine Basile, interpretando a «Jimena» (Chimène), descubrimos a una actriz plena de sensibilidad y de elegante belleza, y a la que vimos llorar maravillosamente su infortunio.

Gisèle Touret, en la «Infanta», demostró también su autoridad escénica y el poder dramático de su voz. La prestigiosa personalidad de Jean Martinelli, viviendo a «Don Diego». Y en el papel de «Rodrigo», Michel Le Royer, a quien habían aplaudido ya en esta misma creación los espectadores del Festival de Carcassone.

Michel Le Royer es un brillante galán de bella presencia, cuya romántica figura ha hecho el cine más popular. Su interpretación de «Rodrigo» es noble y muy fogosa, aunque quizás a un espectador

español le sea difícil imaginarse a «mío Cid de Valencia» sin barba («barba tan complida»), con los ojos claros y los rubios y alborotados cabellos de Le Royer.

«Marcelle Tassencourt a retenu cette leçon: qu'ici et là le texte compte seul», nos dice de ella Lemarchand.

Nunca agradeceremos bastante a Marcela, en esta época de «deformaciones» de los grandes autores, este soberano respeto a nuestro Calderón de la Barca. Un Calderón en versión francesa de Georges Baelde. *Las tres justicias en una*, fue presentada en el segundo programa del Festival, drama de capa y espada, terrible evocación de Pedro el Cruel, situada en Zaragoza, figura que inspiró también a Tirso de Molina y a Fray Lope Félix de Vega Carpio.

En el reparto de *Trois crimes un chatiment*, con decorados y trajes de François Kortén, volvemos a encontrar a los mismos actores de la pieza de Corneille; con Martinelli incorporando, con gran riqueza de matices, la soberbia figura del Rey, y Jean-Pierre Andreani en el papel de «Patricio», la víctima.

Para la solución de la escena final de este drama que nunca vimos en los escenarios de nuestra tierra, Marcelle Tassencourt halló sin duda inspiración en la pintura de Goya.

Esta solución que da la figura de Pedro el Cruel al drama de «Patricio» en la obra de Calderón, ya citada, nos recuerda la afirmación del holandés Leo Ballet, para quien «el barroco es la manifestación formal del absolutismo político, del poder ilimitado, del esplendor de la dominación de los nobles». Teo-

ría muy bien estudiada por Frederico Morais en su aspecto artístico y social. Y este último sobre todo es el que ha guiado, dentro de este concepto, la «motivación» de la puesta en escena calderoniana de la señora Tassencourt.

En los ojos abiertos del ajusticiado «Patricio» — «dado garrote» —, en este caso los de Andreani, nos parecía leer aquella inscripción esculpida en uno de los muros de la cercana iglesia de Saint-Jacques, debajo de un reloj de sol: «Tard o d'ora vendrà l'ora». Eso pensaban sin duda los que se detenían allí a rezar, en tiempos gloriosos, camino de Compostela.

El Festival se cerró con la comedia escrita y representada por Molière al llegar a su madurez, *Les fourberies de Scapin*, premio del Círculo Internacional de la crítica joven, por la puesta en escena de Edmond Tamiz, en el último festival del barrio del Marais, celebrado en París.

Esta farsa, inspirada por Terencio y con motivos de la *Commedia dell'Arte*, ha sido traducida al español por el poeta Rafael Alberti y M.^a Teresa León, con el título de *Las picardías de Scapin*.

El arco del ángulo de la Plaza Nacional de Montauban fue aprovechado por Tamiz hasta el fondo de su perspectiva, que cerraba el pórtico de una auténtica taberna, donde en algún momento los personajes de la farsa se paraban a beber o a charlar. La acción de la farsa transcurre en la Italia meridional, en Nápoles. Una jiga de Corelli la aureola, con intervenciones musicales del Modern Jazz Quartet. Derocados y trajes de Christiane Lucke y



Las tres justicias en una, de Calderón de la Barca.

(De izq. a der.: «Pilar», Nadine Basile; «Don Mendo», Jacques Horden; «Patricio», Jean-Pierre Andreani.)

(Foto La Dépêche du Midi.)

ayudando en la dirección escénica Philippe Jarry (prestigioso apellido).

Tamiz da los tres actos de esta farsa sin interrupción y moviéndolo todo «Scapin», el criado de «Leandro», interpretado con mediterráneo espíritu por Claude Lévêque, un astro teatral ascendente, que revivirá también en Estados Unidos esta su creación de «Scapin», en 1967.

A Jacques Plee y Fred Personne debemos, respectivamente sus dos sensacionales creaciones de «Argante», padre de «Octavio», y «Geronte», padre de «Leandro», y jugando a su alrededor el pícaro mundo de Nápoles, que bebe, ama, rotoza y come — este juego de manzanas rojas atravesando el escenario de mano en mano y que muerden alternativamente «Scapin», «Sylvestre» o «Carle», amigo del primero, interpretado por Jarry.

Tamiz prescindió, con muy buen acierto, para su puesta en escena de Montauban, del decorado fotográfico moderno de la creación, que hubiera sin duda encantado a nuestro colega el Profesor Bonnín, para dejarnos gozar de los rosados muros de ladrillo de la Plaza Nacional.

Jean Baptiste (Molière) moría en 1673 a los dos años del estreno de *Las picardías de Scapin*. Pero su obra, su ingenio, han revivido, han estallado con el mismo fervor juvenil, con la misma elegante frescura, con toda la gozosa humanidad que vieron y admiraron en su día los espectadores del siglo xvii y que por gracia de Dios y obra de Edmond Tamiz acabamos de ver y aplaudir nosotros, bajo el cielo límpido de Montauban y en su Plaza Nacional.